

Impaciencias y Esperanzas

Por Juan Luis CEBRIAN

Y a pesar de todo, el General Franco ha muerto. Esta es —¡vaya descubrimiento!— la clave última de la actual situación política española. El hombre que durante cuarenta años ha llevado con mano firme los destinos del país, yace bajo una lápida en el Valle de los Caídos. Las expresiones de dolor, el sentimiento de sus más íntimos, el estupor de España, son datos para la Historia, pero no para la política. El centro del poder se ha desplazado, los protagonistas del Régimen pisan suelo, por saber de qué naturaleza es el que les queda, y los de la oposición construyen castillos en el aire. Se oyen voces de prisa y de prudencia a un tiempo, se contempla el gesto ceñudo de Girón en las pantallas de los televisores, se escucha el silencio de los falangistas, impresionante luto negro y rojo en la explanada del Valle de los Caídos. El grito de «¡Viva el Rey!» ya no es subversivo, como antaño lo fuera. Los diplomáticos, los periodistas, los curiosos y las amas de casa se preguntan: ¿es posible un franquismo sin Franco?

Un joven Rey, descendiente de una dinastía con cinco siglos de servicio al país, entroncado familiarmente con casi todas las Monarquías reinantes en Europa, discípulo aventajado del hálite de Franco, distante en la política y próximo en la realidad a su padre, don Juan de Borbón, jefe de la Casa Real española, centra hoy las miradas del mundo. ¿Vivirá España otros cuarenta años de estabilidad política bajo el reinado de Juan Carlos I? ¿Será éste capaz de amparar las reformas que el país pide a voces por las esquinas? ¿Se dejará amilanar por los consejeros de Corte y los guardianes de añosos privilegios? ¿Distinguirá la voz de la realidad y la de los deseos?

¿Se acercará entonces a la España real o a la de los laboratorios de la política? En una palabra, ¿será o no será un Rey franquista?

Se estremece Madrid con las especulaciones sobre quién irá en la terna para presidente de las Cortes y quién sustituirá a don Carlos Arias, si es que don Carlos Arias es sustituido. Publicanse encuestas sobre presidenciables, Gobiernos de concentración, índices de popularidad. Ha pasado ya el tiempo del protocolo y comienza el de la gobernación. Los prudentes contemplan complacidos a su alrededor la cortedad del paso emprendido. Hasta hubo saharianas blancas en la recepción real. Los que están convencidos de que el tiempo trabaja contra el Rey, alientan desde la Prensa y desde los auriculares de los teléfonos a un cambio más auténtico y temprano.

¿A qué engañarse? Tras el mensaje de la Corona, la primera audiencia de don Juan Carlos a los ex combatientes y las características del indulto otorgado han encendido la llama del escepticismo en no pocos sectores de la oposición liberal y de izquierdas. Los rumores sobre las presidencias vacantes no abonan las expectativas de un cambio como el que tantos deseaban. Y sin embargo, el cambio es más que necesario —ya se ha dicho—, inevitable. Lo que hace falta es orientar ese cambio debidamente. Que no por querer pararlo o retrasarlo acabe por asolar al país, rompiendo la presa de los descontentos. Si es verdad que los americanos han pedido o han dado dos años para la evolución democrática de España, hay que decir que, al fin y a la postre, dos años, después de tantos, están bien. Pero son precisos signos que anuncien desde ahora cómo será el futuro. Un signo fue, desde luego, el discurso del Rey ante las Cortes. Otro puede serlo la

memorable homilía del cardenal Tarracón, que es la voz de la Iglesia de España en estos momentos, y que urgió a todas luces a una renovación profunda de nuestras formas de convivencia. El signo definitivo y total, sin embargo, han de serlo los nombramientos de presidentes de las Cortes y del Gobierno, y muy especialmente el de este último.

Yo no voy a explicar ahora qué perfiles espero en los ministros de ese primer Gobierno de don Juan Carlos, entre otras cosas, porque lo he explicado ya. Debe ser, sin embargo, un Gobierno coherente con la situación y, por tanto, con el mensaje del Rey. En efecto, no es pensable que éste haga un discurso de propósitos de la Corona que encierran la necesidad de un programa político concreto y luego no se rodee de las personas adecuadas para poner en marcha ese mismo discurso. El capitán de ese equipo, y sus propios jugadores, deben tener sentido de la autoridad porque habrán de ejercerla. Capacidad de trabajo, inteligencia, austeridad y lealtad son además cualidades a exigir en los hombres de Estado, y de las que habrá que examinar al nuevo jefe de Gobierno. Pónganle ahora ustedes el apellido si quieren; yo, no. Como, por otra parte, el nuevo Gabinete será el que tenga la responsabilidad efectiva del tránsito a una situación democrática, tiene que estar compuesto por hombres dispuestos a quemarse políticamente con un objetivo concreto: hacer posible, en un plazo prudencial de tiempo que la oposición política tenga una alternativa de poder en el país y que puedan las urnas contrastar la decisión popular al respecto. He ahí, pienso, donde se resume inicialmente toda la cuestión. El cambio que están pidiendo la izquierda tradicional y los grupos no in-

tegrados no es en principio un cambio social, sino político. Piensan que el primer paso a acordar es la restauración de las libertades y la construcción de una situación democrática estable. «La oposición no está solicitando, pues, el poder en primera instancia, sino la legalidad», me decía no hace mucho un dilecto representante de ella. Y si la legalidad ha de retrasarse aún un tiempo, en orden a la prudencia de los plazos y a la necesidad de cumplir unos requisitos jurídicos o constitucionales, como ahora se dice, lo que solicitan son al menos guiños de que se está en ello. La tolerancia no tiene por qué aplazarse un día más.

Es bien tímido y bien corto un programa que sólo pida tolerancia con los discrepantes. Sin embargo, ésta sería suficiente con la promesa añadida de que esos mismos discrepantes podrán optar al poder en plazo breve de tiempo para ponerse a trabajar. Si el Gobierno del Rey ofrece la coherencia debida con el mensaje del propio Rey, estoy seguro de que ello será posible.

Y entonces todas las preguntas estarán de más, porque en realidad no será necesario hacerlas. El franquismo no ha sido una ideología diga lo que diga mi buen amigo Amando de Miguel, sino una situación. No una teoría, sino una praxis. Nada malo —ni bueno— significa eso en principio. Al gaulismo le pasaba algo semejante. Desaparecida la figura histórica que concretaba ese esquema, desaparece inevitablemente también el esquema mismo. Sin prisas pero esta vez sí que sin pausas, y hasta diría que con prisas también la clase política del país, sin distinción debe prepararse a construir en torno al Monarca una arquitectura de entendimientos. Y debe hacerlo ahora, cuando todavía no somos víctimas del vértigo.